

XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Solemnidad. Jesucristo, Rey del Universo

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD

DOMINGO

Lecturas:

a.- Ez. 34,11-12.15-17: A vosotros, ovejas mías os voy a juzgar.

La primera lectura presenta la palabra de Dios que llega a Ezequiel, primero para animar las conciencias a asumir los acontecimientos del pasado y las responsabilidades actuales, y la suya propia al aplicarse la parábola del centinela, con lo que no exime de responsabilidad también a los dirigentes del país, como pastores. Estos dirigentes mal tratados por el profeta, son en general todos aquellos que ejercen algún tipo de responsabilidad en Israel. Pero la mirada del profeta se dirige concretamente al rey, responsable último de vida del país, y representante de Dios en la tierra. Los privilegios de que gozaba el rey hacían peligrar la estabilidad nacional, provocando injusticias sociales; afianzado en estos acontecimientos emprende su cruzada contra la realeza. Sus políticas han sido nefastas para el rebaño de Israel: su protección y autoridad han sido abuso, se han orientado a apacentar, sino a cuidarse a sí mismos, apacentándose; sus hermanos los han convertido en esclavos, dispersando a la población por Asiria y Babilonia; quedando Israel en manos de los pueblos vecinos. Por eso es Yahvé, comienza con tono de amenaza la obra de exterminio de todos ellos, ÉL será su pastor, su rey, su mesías y lo que había comenzado en todo conminatorio termina en promesa de salvación. "Porque así dice el Señor Yahvé: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas" (vv. 11-12). Con ese cuidado personal de Yahvé sobre su pueblo, el profeta inaugura la nueva teocracia divina y describe las acciones del Pastor de Israel: las libraré de los peligros, buscará buenos pastos para que sacien, las pastoreará, las congregará, las apacentará (vv. 13-16). Se trata en la visión del profeta de establecer una religión que interioriza la fe en Yahvé, bajo la guía de su mano poderosa: en el país o en el destierro las ovejas siguen siendo suyas. La relación y dependencia del hombre de Dios, no se pierde, aunque se aleje cabe la esperanza que el vuelva sus pasos a Dios o como en este caso el Pastor vaya por la oveja perdida (v.16).

b.- 1Cor. 15,20-26.28: Dios será todo en todo.

El apóstol habla de la resurrección de los muertos a la comunidad de Corinto, que negaba dicha verdad apoyados en la filosofía griega que despreciaba el cuerpo. Por ello comienza el apóstol rechazando todas esas teorías (vv. 13-19), porque Cristo sí ha resucitado (v. 20), aludiendo con ello a la conexión que existe entre la resurrección de Cristo y la futura resurrección del cristiano, principio de toda la obra redentora de Cristo Jesús (cfr. 2Cor. 5, 21). Cristo es la primicia de entre los muertos (v. 20), término y realidad muy común en Israel de ofrecer a Dios los

primeros frutos de la cosecha, y en los que se consideraba todo el resto, que quedaba bendecido y santificado por el Señor (cfr. Ex. 23,16; Lev. 23, 1; Rom. 11,16). Las primicias, suponen siempre otros frutos, que vienen más tarde, pero de la misma naturaleza que las primicias. Cuando Pablo aplica este término a Cristo resucitado está pensando en los muertos, pero a su vez en que no será el único con esa condición gloriosa, son que llevará en pos de sí a todos a todos los que murieron en ÉL (v.23; cfr. 2 Cor. 1,22; Rom. 8,11). Siempre hablando de esta conexión entre la resurrección de Cristo y la nuestra, Pablo, presenta otra imagen antitética entre la obra de Adán y Cristo, éste último es el nuevo tronco , cabeza de la nueva humanidad redimida que extiende sus benéfico a todos, los hombres unidos a ÉL, anulando el nefasto influjo de Adán (cfr. Rom. 5, 12-21). La Cabeza Cristo y sus miembros, los cristianos forman un solo Cuerpo, donde no hay diferencias en el destino, donde está la Cabeza, ahí han de estar los que le pertenecen (cfr. Ef. 2, 5-6; Col. 1, 18; 1Tes. 4, 14). Respecto de la resurrección ésta ya se realizó en Cristo, como primicias, y ahora toca esperar la de todos los suyos, los cristianos, al final de los tiempos (v.23; cf. Rom 8:11; 1 Tes 4:14-17). Finalmente, después de haber ejercido su reinado, vencido todos los enemigos (cfr. v.24; Col. 2, 15; Ef. 1, 20-23), incluida la muerte, con su resurrección (cfr. Fil. 2,9-11; Ef. 1,20-23), llegado el fin de este mundo actual, Cristo entregará el reino al Padre (cfr. Gál. 4,4-7; Jn. 17,4), con lo que cesa su función redentora y mesiánica, dando inicio al reinado de Dios para siempre.

c.- Mt. 25, 31-46: Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.

El evangelio, nos presenta un escenario universal, es el Juicio final para todos los hombres, naciones y pueblos, creyentes y ateos, buenos y malos. Con esta escena se cierra el tema escatológico de Mateo, para dejar paso a la enseñanza de Jesús. Las parábolas ha ido preparando este momento, con sus destellos de tonos proféticos y apocalípticos (Dn. 7, 9ss). Jesús se identifica con el Hijo del Hombre, enviado por Dios a concluir el último capítulo de la historia humana y juzgarla en el amor. El texto supone que el Evangelio de Jesús llegó a todos los hombres, por ello todos se reúnen en su presencia como Juez (vv.31-33; cfr. Mt. 24,14), y ÉL hará una separación entre ellos: unos a su derecha otros a su izquierda. Le sigue la escena del premio y del castigo, pero donde se produce una identificación admirable entre el Juez rey y el pobre necesitado de comida, vestido, ser visitado en la cárcel etc., único testigo fidedigno para juzgar las acciones de cada uno. El criterio será la caridad diligente, basado en las obras exigidas en el AT, a favor del pobre y desde ahora a favor del rey.

Este examen final, está centrado en la caridad el hermano. El identifica como hermanos o sus hermanos, a todo ser que sufre, los pobres y marginados, a todo ser humano necesitado. Es rey soberano, no al estilo del mundo, con poder y autoridad; su autoridad consiste en el servicio, precisamente al necesitado. Ese es su modo de reinar en el mundo. A todos les ofrece la misma posibilidad de encontrarle, socorrerle, servirle, puesto que viene a los suyos no con ropajes reales, sino de incógnito, con la ropa y necesidades de sus hermanos más pobres. En este juicio sólo cuentan los gestos de amor, o el amor al prójimo. Las obras de misericordia, encarnación de nuestro amor al prójimo, que señala Jesús en su

sermón de la montaña exigen fe, conversión continua, unión con Dios, cumplimiento fiel de las bienaventuranzas, actitud contemplativa del misterio del Reino de Dios que está presente en lo interior de cada bautizado, y entre los hombres de buena voluntad. El juicio, se centra en el amor a Dios por medio del prójimo. Amar es cumplir la ley entera, nos enseña Pablo (cfr. Rm. 13, 10). La herencia de la vida eterna, la recibirá quien halla amado a su prójimo, halla hecho el bien y practicado la justicia. Quien halla vivido las bienaventuranzas con la fuerza del Espíritu Santo. Desde esta visión Jesucristo, rompe el círculo del amor al prójimo, como lo entendían los fariseos y la ley de Moisés: todo ser humano es nuestro prójimo. No sólo el pariente o del propio pueblo o país, y cuanto más necesitado, más hermano más prójimo, porque es imagen de Jesucristo menesteroso. Las palabras sobran, lo importantes son las obras, fruto de hacer la voluntad de Dios (cfr. Mt.7, 21).

Si bien la perspectiva es de futuro, y culminación del reino de Dios, todavía estamos en el tiempo de la paciencia de Dios, tiempo de la Iglesia. Desde que vino Jesucristo, el reino de Dios está entre los hombres, y dentro de los bautizados, lo que falta es su plena manifestación. El juicio se está realizando cada día, la sentencia final será fruto del actuar de toda una vida, y que vamos tejiendo respecto al amor o al egoísmo. El juicio será sobre la aceptación de Jesucristo en la vida del hombre y que hoy encontramos en los pobres y marginados, porque ÉL se identifica con ellos (cfr. 1 Jn. 4, 20). La celebración de la Eucaristía, en la cual culto y vida, se nutren mutuamente, es decir, el culto termina con su mejor expresión, la solidaridad con los menesterosos. En la Profesión de fe, decimos cada domingo, que el Señor vendrá a juzgar a vivos y muertos. De ahí que quien ve el juicio final como una realidad muy lejana, está equivocado, puesto el juicio está presente hoy cuando opto por el amor o el egoísmo en nuestro obrar. En la síntesis final todo se reduce a saber si hemos amado como Dios quiere ser amado en nuestro prójimo. Una sola pregunta para la cual hemos tenido toda una vida para responder en este examen final. El continuo ejercicio de amor al prójimo y a Dios hace que el examen sea superado con éxito. Que el Espíritu Santo nos fortalezca desde dentro en el amor, para poder decir con tantos testigos insignes, los mártires de todos los tiempos: Viva Cristo Rey.

Santa Teresa nos invita a vivir la esponsalidad de todo bautizado con tan gran Rey. "Cuando nos hicieren alguna honra o regalo o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida. Mas cuando agravios que así los nombran sin hacernos agravio yo no sé qué hay que hablar. O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonoras que a su esposo hacen? Aunque no la quiera por su voluntad, en fin, de honra o deshonor participan entrambos. Pues tener parte en su reino y gozarle, y de las deshonoras y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disparate. (CV 13,2).